

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL

Una vez más, como una pesadilla sin fin que se repite incesante, una tragedia enluta los corazones de los colombianos. Boca abajo y con las manos atadas a la espalda, han caído acribillados a metralla una treintena de mujeres y hombres campesinos. Todo con el pretexto inútil de querer afianzar unas posiciones burocráticas al interior de un sindicato. Iban temprano en la mañana a ganarse honradamente, con el esfuerzo de sus brazos y el sudor de su frente, su sustento y el de sus familias. Esos muertos son nuestros y los lloramos con ira y en silencio.

Una vez más caen, bajo la furia ciega de las balas, colombianos inocentes e inermes. ¿Cuál es el mérito, cuál la valentía, cuál el coraje? El homicidio de seres desarmados y libres de toda culpa, a sangre fría y con sevicia, es sólo un acto de suprema y repulsiva cobardía. Infames y viles son sus asesinos.

Hace ya mucho tiempo que los grupos narcosubversivos no hacen más que arremeter con odio contra los civiles. No hacen más que asaltar y agredir a aquellos que no están armados y que no participan en las hostilidades. Su único objetivo es la muerte, la destrucción y el dinero; el secuestro; el pillaje y el saqueo a través de la vacuna, el atraco, el boleteo y la extorsión; el cultivo y la producción de narcóticos.

Hay que decirlo en voz alta, fuerte y clara, y con todas las letras; el ataque de los criminales, de los agresores, de los violentos, no es contra la Fuerza Pública y no es contra el Estado. Su violencia es contra la población civil, contra la sociedad toda. Es contra todos y cada uno de nosotros, contra nuestras familias y contra nuestros niños. No es la seguridad del Estado, la estabilidad del Gobierno, lo que está en juego. Los violentos nos quieren arrebatarnos a mano armada la vida y los bienes conseguidos de manera honrada. Nos quieren arrebatarnos la posibilidad de soñar, de imaginarnos el futuro en paz, de construirlo.

Violan, constante y reiteradamente, las más mínimas normas humanitarias. Se han dedicado a la violencia pura, a la barbarie, al terror.

Hace ya mucho tiempo que quienes se llamaron así mismos guerrilleros dejaron de serlo. ¿Dónde está el proyecto, las propuestas, el discurso político? ¿Dónde el ideario? ¿Dónde la estrategia militar? ¿Dónde su querer humanizar del conflicto? ¿Dónde su pretendida legitimidad? Hoy no son más que cuadrillas de ricos bandoleros que, en trance de serlo cada día más, acechan agazapados, medrando entre inocentes como buitres hambrientos.

Acaso nos sea casi imposible imaginar lo que sería nuestra Patria, nuestra amada Colombia, en paz.

Tantos son los años de violencia, tantos los esfuerzos infructuosos para salir de ella, que incluso en ocasiones hemos terminado por creer que es natural vivir en esta cotidianidad llena de sangre y muerte, donde caen sin vida cientos y cientos y miles de compatriotas, que esta locura es normalidad.

Y detrás de éstos, el drama de un colombiano y de su familia. No podemos y no debemos olvidarlo: detrás de cada delito, detrás de cada acto de violencia, de cada arremetida terrorista, hay una persona, un ser humano como ustedes, como yo, que lo

sufre: una víctima. Mujeres y hombres, ancianos, jóvenes y niños, ricos y pobres, campesinos, obreros, profesionales independientes y empresarios, indígenas, mestizos y negros, en el Gobierno o fuera de él, no hay colombiano que no haya vivido de cerca, muy de cerca, los golpes crueles de esta orgía desenfrenada.

Para evitar la locura, los colombianos, tal vez sin darnos apenas cuenta, hemos levantado en torno nuestro una piel dura como la piedra, un mecanismo primario de íntima defensa que no busca más que aislarnos de una realidad que sin descanso nos agrede. Es verdad, para qué negarlo. Creemos que ubicando el problema allá, en los otros y fuera de nosotros, estamos a salvo. Vivimos aislados. Vemos a los demás, a cualquiera que nos sea ajeno, a veces incluso a nuestros vecinos, como extraños y como una amenaza. Suponemos que la agresión es contra el otro, que no es preocupación propia.

Hemos permitido que los violentos rompan el tejido social, que nos aislen. Así, asustados, hemos dejado a un lado el principio fundamental de la convivencia: no somos solidarios.

Los colombianos de bien no podemos seguir viendo impasibles más campesinos mutilados por las minas narcosubversivas, más familias en la tragedia de ir a identificar los cadáveres de sus muertos o intentando reunir dinero para pagar por salvar la vida de un padre, de un hermano, de un hijo secuestrado. No podemos seguir viendo impasibles más mujeres y niñas asesinadas por el mero hecho de ser novias de un policía o de coquetear con un soldado, ni más agotados obreros y oficinistas a quienes los atracadores roban los pesos ganados con arduo esfuerzo. No podemos resignarnos a que por nuestros ríos fluya con infernal lentitud la negra mancha del petróleo derramado por un oleoducto volado, a que nuestros bosques y selvas centenarias sean borrados del mapa para sembrar amapola o coca por pandilleros ávidos de dinero conseguido a costa del vicio de nuestros jóvenes.

Colombia debe tomar conciencia de que la lucha contra los violentos, contra los narcosubversivos, no es sólo responsabilidad de soldados y policías. Sabemos que la seguridad ciudadana y la preservación del orden público no son asunto exclusivo del Gobierno y de la Fuerza Pública. Son responsabilidad de todos, de Colombia entera.

Enfrentar a fondo a los violentos, llámense como se llamen, estén donde estén, y someterlos al imperio de la ley, es nuestro único y claro objetivo.

En el cumplimiento de este deber estamos obligados también a usar los instrumentos jurídicos a nuestro alcance. No debemos llamarnos a engaño: son los violentos los que nos han forzado a usar todos y cada uno de los mecanismos que nos proporciona el derecho, útiles para protegernos en estas circunstancias extraordinarias. Las disposiciones de aplicación "normal" son claramente insuficientes y hay que usar métodos extraordinarios que aunque restringen algunas libertades, son necesarios para proteger los derechos más fundamentales. Eso es, precisamente, lo que está haciendo el Gobierno Nacional con las medidas expedidas en el marco del estado de conmoción interior. Evaluaremos también y con imaginación, si las acciones adoptadas no fueren suficientes, la expedición de nuevas medidas que nos permitan conjugar la crisis.

Todo esto, por supuesto, lo haremos en el marco estricto del estado de derecho. No vamos a violar la ley o a tolerar su violación so pretexto de defenderla. Seremos especialmente cuidadosos en la aplicación de la fuerza. No vamos a poner en duda nuestra legitimidad. ¿Dónde estaría entonces aquello que nos ha hecho, nos hace y siempre tiene que hacernos diferentes?

Nuestra misión es, precisamente, conseguir la vigencia plena de la democracia y del derecho en Colombia. Continuaremos nuestras permanentes tareas de difusión y promoción de los Derechos Humanos

y del Derecho Internacional Humanitario. Si bien es muy difícil, porque ninguna sociedad es, como la nuestra, objeto de agresiones tan distintas y de tanta magnitud, haremos del respeto de los derechos humanos, en palabras que tomo prestadas de un general de la República, un multiplicador de la capacidad de combate de la Fuerza Pública. Al mismo tiempo, iniciaremos una campaña internacional para denunciar las permanentes violaciones al Derecho Internacional Humanitario por parte de la narcosubversión. Manteniendo siempre las puertas abiertas y el mejor de los ánimos para estudiar sus observaciones, pediremos a las organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales la mayor imparcialidad en sus denuncias.

Además, esta es la oportunidad para decirlo, hemos iniciado el estudio necesario para la creación de un fondo especial para la defensa jurídica de los militares acusados, con frecuencia injustamente, por hechos ocurridos en servicio.

El señor Presidente Samper nos ha convocado a todos los colombianos a acompañarlo en la lucha contra los violentos y eso haremos.

Para esta tarea inmensa necesitaremos una Fuerza Pública ágil y eficaz.

De ellas, ustedes, los suboficiales, son parte de su corazón y la articulación fundamental para que las Fuerzas Militares puedan operar ágil y eficazmente. Corajudos, abnegados y valientes, son el impulso vital sin el cual nada podría lograrse. En sus manos están las vidas de los soldados, entregados a la Patria por familias que ansiosas los esperan. Cuidadlos, decía Sun Tzu, ese insigne filósofo del arte de la guerra, "como si fueran niños amados, son hombres del pueblo cuya vida debe ser protegida por sabios jefes". Y, al mismo tiempo, educad sus mentes y sus cuerpos para resistir cuando estén cercados, para perseverar en la

batalla y para obedecer en situaciones extremas. Sed humanitarios y bondadosos, y firmes y severos cuando la situación lo demande. Así, las Fuerzas Militares, como un solo hombre, alcanzarán la victoria que Colombia espera más que nunca.

Suboficiales y soldados de Colombia, amigos:

Felicitaciones sinceras por este ascenso, último escalón en vuestra gloriosa carrera militar, fruto merecido de años de arduo esfuerzo. Y seguid adelante por la patria.

JUAN CARLOS ESGUERRA PORTOCARRERO
Ministro de Defensa Nacional



FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA

ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

La Escuela Superior de Guerra es el Instituto de capacitación profesional de más alto nivel militar en Colombia, cuenta con un cuerpo docente de experiencia y de excelentes condiciones intelectuales y morales, con un alumnado de selección dentro del escalafón de oficiales superiores de las Fuerzas Militares y del estamento profesional civil del país. Este hecho motiva en sus integrantes un profundo orgullo de pertenecer a ella, una identificación plena con su espíritu, su misión y sus objetivos, una motivación permanente al máximo aprovechamiento de su sabiduría intelectual, cultural y profesional, con miras a cultivar integralmente cuerpo, mente y espíritu para servir mejor a la patria como soldados, como jefes y como ciudadanos.

LA REVISTA FUERZAS ARMADAS

La revista de las Fuerzas Armadas es el medio de difusión del pensamiento militar y civil sobre aquellos aspectos que en una u otra forma tengan relación con la Defensa Nacional.

Las ideas o tesis expuestas por los autores de los estudios que se publican son de su exclusiva responsabilidad y no refleja necesariamente, el pensamiento de los altos mandos. Solo el editorial refleja el pensamiento del Comandante General de las Fuerzas Militares.

Se autoriza la reproducción de los artículos editados siempre que se haga mención de la Revista de las Fuerzas Armadas y del autor.

Carrera 11 No. 101-80, teléfono 620 6536 A. A. 4403
Canjes A. A. 089717 — Santafé de Bogotá, D. C. Colombia.
Tiraje 30.000 ejemplares